



Ilustración: Natalia Rizzo

MACRI AL GOBIERNO, LOS DUEÑOS AL PODER

JUAN DAL MASO Y FERNANDO ROSSO

Comité de redacción.

A pocos días de su triunfo en la segunda vuelta de la elección presidencial, Mauricio Macri anunció un verdadero “plan de guerra” con medidas de ajuste de las que solo se desconoce el ritmo, pero no la profundidad¹. Para llevar adelante esta hoja de ruta eligió un personal político acorde: gerentes y CEO de multinacionales y de la “patria sojera” ocuparán sus puestos en el nuevo gabinete a partir del 10 de diciembre.

En este artículo realizamos una primera lectura del giro copernicano que significó el triunfo de la coalición Cambiemos (PRO-UCR-CC), cómo quedan ubicadas las principales fuerzas políticas del país, la dirigencia sindical, las características contradictorias del voto, y planteamos algunas hipótesis estratégicas para el movimiento obrero y la izquierda².

El ajustador ajustado

El triunfo de la fórmula PRO-Cambiemos fue más ajustado de lo que –para variar– preveían todas las encuestas. Esta situación de casi empate

técnico impone objetivamente condicionamientos al nuevo gobierno y Mauricio Macri no encuentra un escenario fácil.

Cambiemos no cuenta con mayoría en ninguna de las dos cámaras del Congreso nacional. El Frente Para la Victoria (FPV) es primera minoría en Diputados y mayoría en el Senado. Scioli ganó, aunque ajustadamente, en la provincia de Buenos Aires, donde en octubre resultó electa María Eugenia Vidal. El frente de las gobernaciones aparece diversificado: doce provincias pertenecen al FPV, cuatro al PJ no kirchnerista, tres a los radicales, dos al PRO y tres a otras fuerzas políticas.

En Buenos Aires el panorama tampoco es simple para Vidal y Cambiemos. El peronismo es primera minoría en ambas cámaras de la legislatura local y mantuvo el poder en distritos importantes del conurbano (más allá de la caída de varios “barones” históricos), entre ellos, los dos más grandes en términos poblacionales: La Matanza y Lomas de Zamora, además de otros

de magnitud considerable como Florencio Varela, Merlo o Berazategui.

Este resultado nacional, en principio, objetivamente le “marca la cancha” a Macri y pone de relieve distorsionadamente la relación de fuerzas más general, y el importante componente de rechazo a un ajuste que concentró a “la mitad menos uno” de la población que votó en su contra, básicamente por el cariz que tomó la campaña del FPV en el último tramo.

¿Adelante radicales?

Casi inmediatamente después de la elección quedó en evidencia que Cambiemos es una coalición, cuya heterogeneidad constituye un potencial frente interno, sobre todo luego de un triunfo tan ajustado y una delicada situación económica.

La renuncia a los honores tanto como a la “lucha” de Ernesto Sanz, el arquitecto que logró que el radicalismo se subordine al PRO en la Convención de la UCR en Gualeguaychú, fue »

la primera “mini crisis” adelantada de la coalición. La segunda, aunque no tan estridente, fue el gusto a poco que tuvo para los centenarios boina blanca el nombramiento de cuatro ministros en áreas periféricas del nuevo gabinete. Las células dormidas del radicalismo que luego del desastre de la Alianza no lograron construir referentes competitivos a nivel nacional, pero que mantiene –y con esta elección incrementó–, cierto poder territorial, son un potencial frente de tormenta para la nueva conducción con amplios dotes *manageriales*, pero dudosas condiciones para la conducción política.

A menos de una semana de la elección, la “yihadista” combatiente de su imaginaria guerra santa por la república perdida, Elisa Carrió, deslizó críticas sobre el nuevo gabinete. Comenzó livianita y denunció que el empresario del juego y dirigente del Club Boca Juniors cercano a Mauricio Macri, Daniel Angelici, ya estaba “apretando” jueces en Tribunales.

Lejos de la armonía del “nuevo equipo”, la coalición comienza un temprano crujir al ritmo de la rosca de la vieja política y sus métodos.

Los sospechosos de siempre

Luego de una derrota histórica, el amplio universo peronista está en estado de deliberación, bajo estricta observancia de los “buenos modales” que lo caracterizan.

Si bien el peronismo enfrenta un escenario complejo, la recuperación que tuvo el FPV – alcanzando casi un empate– luego de la derrota política de octubre, permite suponer que la tendencia hoy no es a una desbandada y a un salto en masa hacia el macrismo (más allá de los acuerdos y pactos de “governabilidad”).

Cristina Fernández y Daniel Scioli pueden ser considerados “la madre y el padre de la derrota” respectivamente, pero están entre los dirigentes con peso nacional en el peronismo, y la votación obtenida por el FPV en segunda vuelta es considerada por muchos analistas como un aval a varios aspectos de los últimos 12 años de gobiernos kirchneristas.

Scioli, por su parte, consiguió el voto de casi un 50 % de la población y dentro del peronismo se valora que este logro fue no solo contra Macri, sino contra el “fuego amigo” disparado por el kirchnerismo durante gran parte de la campaña (y en última instancia, durante los últimos años). También es una realidad que hay una disputa con los nuevos renovadores “internos” (Juan Manuel Urtubey de Salta, Maurice Closs de Misiones o Florencio Randazzo) y “externos” (José Manuel de la Sota y el mismo Sergio Massa).

Uno de los que mostró de forma paradójica su poder de fuego en estas elecciones y que siempre transitó las fronteras del peronismo más rabiosamente opositor fue el cordobés De la Sota. Pese a que su tierra fue arrasada por la “ola amarilla” y que habilitó a figuras secundarias de su gobierno para que se sumaran a la gestión del PRO, quiere mantenerse en la pelea por el peronismo.

Lo destacado es que todos se postulan para competir *dentro* del espacio peronista que conserva una porción significativa de poder. En última instancia, para decirlo metafóricamente:

Macri sigue siendo “su límite”. No por una cuestión de principios, sino básicamente porque Macri fue el límite para casi el 50 % de la sociedad. Y un gran porcentaje que lo votó lo hizo creyéndose la operación de que “Mauricio” ya no era “Macri” (un ajustador serial), así como una parte de los votantes de Scioli creyó en su operación demagógica y que “Daniel” ya no era “Scioli”.

El triunfo del PRO no actuó como una aspiradora hacia el peronismo, lo que no quita que haya pactos y acuerdos de todo tipo y color, empezando por la misma Cristina Fernández que le donó un ministro (Lino Barañao) a la nueva administración y mandó a sus funcionarios a colaborar ordenadamente con la transición.

Esa es la tendencia actual, pero como la derrota fue inédita (y el peronismo perdió su bastión en la PBA) no pueden descartarse rupturas, quiebres y una división en varias tendencias.

La columna invertebrada

La otra pata del poder real peronista, la burocracia sindical, también pasa por momentos de realineamientos íntimamente relacionados con la reconfiguración del peronismo “político”, combinados con sus propios intereses.

Hugo Moyano fue quien subió algo sus acciones porque apostó, aunque no abiertamente, por Mauricio Macri. La mayoría del resto de los dirigentes sindicales se había jugado por Scioli y salieron derrotados. Aunque en los primeros días posbalotaje, Macri se encargó de desairar a Moyano y demoró un encuentro que habían anunciado.

Pero más allá de sus internas, la realidad es que mientras se prepara el ajuste más anunciado de la historia argentina, y cuando el país burgués está exultante por el nuevo gobierno y delibera en torno a su aplicación, la burocracia sindical mantiene el quietismo hacia el gran público y negocia sus intereses de casta tras bambalinas.

La primera pulseada que tuvo repercusión fue por la presunta negativa del movimiento sindical a aceptar a Jorge Lawson como ministro de Trabajo (un hombre apoyado por la empresa Arcor), puesto que terminó ocupando el hijo de un viejo colaboracionista de la dictadura militar y menemista fanático (Jorge Triaca), que tuvo más consenso entre algunos dirigentes sindicales burocráticos.

Sin embargo, más allá de la disputa política por la “silla eléctrica” que representa la cartera de Trabajo en tiempos de ajuste, la verdadera negociación pasa por otros ámbitos. Para Hugo Moyano, por la Secretaría de Transporte, donde no pudo imponer en la cúpula un hombre propio que garantice sus negocios y busca colocar a enviados fieles en las segundas líneas. Y para el conjunto del aparato sindical, la querrela se libra por la Superintendencia de Servicios de Salud, el organismo que administra los fondos de las Obras Sociales.

Cuando el ajuste todavía no pasó de la fase de los anuncios, la burocracia sindical ya se desliza hacia la “estrategia” clásica que es parte de su costumbre y que llevaron hasta el final durante el menemismo: frente a tiempos adversos, privilegiar sus propios intereses materiales.

Los gremios estatales en general, y los de la provincia de Buenos Aires en particular, están alertas

ante la eventualidad de la falta de pago y en ebullición por las negociaciones paritarias hacia el año que viene. En los sindicatos docentes (donde existen varias seccionales dirigidas por la izquierda y que inaugurarán junto a los bancarios la ronda de paritarias), el alerta es generalizado. Sin embargo, tampoco aquí las conducciones es-

tán a la cabeza de organizar seriamente la resistencia y denunciar el ajuste que ya empezó.

Ideología y política

En el número anterior de *Ideas de Izquierda*, analizamos las responsabilidades del kirchnerismo en el triunfo político que había obtenido Macri

en octubre³. No obstante, la llegada por primera vez en la historia argentina de un partido de derecha al gobierno por la vía electoral merece una reflexión sobre el componente y las contradicciones ideológico-políticas de sus bases sociales. Sobre la estructura e historia del “mundo PRO” se habla en otro artículo de este número de *IdZ*⁴. »

EL FANTASMA DE LA INESTABILIDAD

ROBERTO GARGARELLA

Sociólogo, Doctor en Derecho, profesor de la Escuela de Derecho de la UTDT y de la UBA.

El fantasma que recorre la política argentina, desde sus inicios, es el fantasma de la inestabilidad. Lo sufren todos, pero en particular los partidos y grupos que se asumen como los más débiles.

Se trata del drama que sufrieron los primeros gobiernos liberales, desde la independencia. Fue, también, el drama que procuraron sortear con éxito los conservadores, en alianza con sectores de la Iglesia y las Fuerzas Armadas. Estos gobiernos conseguían mantenerse hasta por más de una década, cuando los liberales apenas atinaban a pararse sobre sus propias plantas. Tales gobiernos conservadores consiguieron imponer Constituciones, como la de Chile en 1833, que fueron capaces de sobrevivir todo un siglo, mientras las que propiciaban los liberales no duraban un lustro. Juan Bautista Alberdi o Domingo Sarmiento fueron algunos de los tantos políticos latinoamericanos que quedaron fascinados con lo que ocurría en Chile. En ese “autoritarismo progresivo”, en esa mezcla de “rigor político y activismo económico” (como lo definiera Halperín Donghi) que allí comenzara a gestarse, parecía estar la llave de la estabilidad y el crecimiento que anhelaba la política latinoamericana del conservadurismo social.

Con una sociedad cada vez más inclusiva y más díscola, la estabilidad que fuera capaz de garantizar el conservadurismo del siglo XIX se tornó más difícil de sostener, por lo que el componente represivo comenzó a tomar más protagonismo con el paso del tiempo. Por ello comenzaron a primar las asonadas militares, y por ello cada nuevo gobierno militar pareció requerir, para mantenerse, de dosis represivas mayores que las del gobierno militar que le precediera en el tiempo.

El mal de la inestabilidad política afectó a todos los gobiernos democráticos del siglo XX, que buscaron enfrentarlo de distinta forma. Se trata de una enfermedad que padeció el gobierno de Alfonsín, que en sus primeros años se mantuvo estable gracias a la enorme energía social acumulada luego de dejar atrás al infierno del Proceso militar. Sin embargo, ya a mitad de su mandato, Alfonsín procuró esquivar a aquel perenne fantasma, a través de una alianza con sectores

retrógrados del sindicalismo y el empresariado argentino –actores a los que alguna vez denunciara. El pacto, orientado a sostener al llamado “Plan Austral” (1985-1988) terminaría socavando, también, la legitimidad del gobierno de Alfonsín, que concluiría fatalmente tiempo antes de lo que correspondía por mandato. El gobierno de De la Rúa sufriría el drama de la inestabilidad del peor modo (salida temprana y muertes masivas a manos del gobierno), hasta convertir al mismo en el gran trauma de la política argentina y, en particular, de la oposición no-peronista.

Frente a tales dramas, Carlos Menem y Néstor Kirchner, de distinta forma y en distinto tiempo, reconstruyeron con éxito diverso la vieja alianza del conservadurismo social argentino. Menem, desprovisto de prejuicios y principios, se abrazó a sus enemigos políticos y anudó una alianza estratégica con el gran empresariado local y extranjero, “barones” del conurbano y señores feudales al mando de distintas provincias. Reinstauró, del modo más crudo, y en los confines del siglo XXI, a la vieja alianza conservadora que supiera adueñarse del país desde mediados del siglo XIX. Kirchner hizo lo propio de otro modo, ya que llegó al poder con una base electoral muy magra y, para peor, bajo el antecedente trágico que lo precedió, esto es, una seguidilla de 5 presidentes que se sucedieron el uno al otro sin lograr estabilizarse en el cargo más que unos días (De la Rúa, Puerta, Rodríguez Saa, Camaño, Duhalde). De allí que, una vez llegado al cargo, y luego de sugerir una opción democrática distinta en sus primeros meses de mandato –una opción marcada por la “transversalidad”, la “reforma política”, el fin de los “barones” del conurbano y los caudillos “feudales”- Kirchner retomó el camino de Menem y volvió a abrazarse con aquellos a los que había repudiado en el comienzo de su mandato: los “barones” del conurbano volvieron a gobernar con su apoyo, y los “jeques” y “feudos” provinciales ganaron cómoda vida con la transferencia de recursos que Kirchner les aseguró desde el poder central. El gran empresariado, que en tiempos de Menem se enriqueció a través de las privatizaciones del período anti-estatista, volvería a ganar, ahora, pero a través de pactos y negocios compartidos con el gobierno

-un gobierno que propiciaba una retórica estatista, opuesta a la que propiciara Menem, aunque con resultados igualmente regresivos en términos sociales.

La gran pregunta, entonces, es qué política seguirá Mauricio Macri para estabilizar a su gobierno. En mi opinión, muchos parten del análisis simplista de asumir que “hará aquello en lo que verdaderamente cree”, que es una política de “libre mercado” al estilo de la que impulsara Martínez de Hoz en la dictadura. Estos análisis se equivocan porque no advierten que Macri no cuenta con el poder de violencia con que contaba la dictadura –una violencia que, por lo demás, la democracia y la memoria de hoy imposibilitan. Otros piensan que “volverá al gobierno de Menem en los ‘90”, sin advertir que hoy no existe la alianza social con la que contó Menem para tornar factible dicho “ajuste”, ni el dinero que prometía la privatización de las múltiples y poderosas empresas estatales de entonces. Se trata, diría, de análisis vaciados de historia social. Más acertado parece el juicio que nos dice y predice que Macri querrá retomar la “opción Flamarique/Colombo”, esto es, la opción que –bajo la conciencia de un gobierno que nacía débil- operaron algunos agentes del gobierno de De la Rúa (por caso, su Ministro de Trabajo y Jefe de Gabinete de entonces). Dicha opción consistió en un intento por demostrar que los “débiles” radicales, con la ayuda de dinero espúreo y servicios de inteligencia podían ser tan astutos y tan corruptos como los más “duros” gobiernos peronistas (una fracasada estrategia que terminaría con el llamado “escándalo de la Banelco” y, finalmente, con la caída del gobierno de De la Rúa). Se trata, sin embargo, de una opción destinada otra vez al fracaso. En lo personal, creo que la apuesta de Macri será la de reproducir el gobierno relativamente inmóvil que condujera en la Ciudad. Intuyo que, en ese caso, la opción por la que optará frente a una crisis consistirá en trocar radicales por peronistas (con todo lo que ello implica), apostando a cambiar de base social en medio del río. En todo caso, la apuesta por la democracia radical que muchos querriamos, queda hoy, como quedara entonces, fuera del horizonte de lo posible.

El resultado del balotaje confirmó que hay una parte considerable de la sociedad que de manera transversal fue convencida de la “razón neoliberal” (una derrota ideológica de alcance mundial). Es decir, que posee una especie de “ética protestante” compuesta por valores del esfuerzo individual como única vía para el “progreso”. Esta ideología no fue combatida realmente durante los años kirchneristas (más allá del relato y las “batallas culturales”), incluso en algunos aspectos fue reforzada (el consumismo, la división de trabajadores y “pobres”). Es transversal porque atraviesa a fracciones de todas las clases sociales, y tiene una fuerte impronta también en franjas de trabajadores, incluidos precarios, así como pequeños cuentapropistas u otros sectores sociales subalternos.

En este aspecto, las lecturas facilistas que ven el triunfo de Macri como el producto exclusivo de un “voto castigo” sin componentes ideológicos muestran una llamativa superficialidad. Si bien es verdad, como hemos repetido en muchas ocasiones, que el ascenso del macrismo es producto de los límites del proyecto “nacional y popular”, el agotamiento del “modelo” económico y los errores políticos, no se pueden negar los aspectos reaccionarios, políticos e ideológicos que tiene el voto a una derecha, por más “moderna y nueva” que se presente. Un componente que estaba también entre los apoyos a Scioli, sobre todo antes de que virara 180 grados en su discurso de campaña.

No obstante esto, sería una parcialidad sostener que este punto de vista es “hegemónico” en la sociedad argentina. Su propio límite se demuestra en la “moderación” del discurso de Macri, corrido hacia el centro. Pero a la vez, también existieron contradicciones en los apoyos que logró Scioli. El carácter de demagogia desbocada “antiajuste” que el candidato del FPV llevó adelante, sobre todo en la última etapa de la campaña (cuando la mayoría decide su voto), implicó que una gran parte lo respaldara para rechazar a la derecha y evitar el ajuste. El oficialismo hizo discursivamente la campaña más “populista” de las realizadas por el kirchnerismo en los últimos tiempos. Habló persistentemente contra el ajuste, contra el “mercado”, y repitió hasta el cansancio la palabra “trabajadores” (cuando los sujetos del kirchnerismo fueron siempre esa entelequia a la que llamaban “juventud” o los “pobres”).

Los sectores sociales en los que se dividió la votación representaron *grosso modo* una diversificación más “clasista” que en otras elecciones: el grueso de los trabajadores y sectores populares votaron al FPV y las clases medias y medias altas (la zona núcleo sojera) apoyó a Cambiemos. Esto no quiere decir que no haya habido cruces: sectores medios, obreros o “pobres” que votaron al PRO. O que en provincias como Córdoba u otras del interior del país, el factor del “bonapartismo de caja” que aplicó a latigazos fiscales el kirchnerismo, no haya influido en el rechazo al gobierno. Pero en sus núcleos esenciales esa división se notó más en estas elecciones y se refleja claramente si se observa cómo queda coloreado el mapa nacional.

La campaña “del miedo” (al ajuste) logró recuperar para el oficialismo una parte considerable de los votos de Sergio Massa, y no dejó de ser a su manera un reconocimiento de los ejes esenciales de la campaña de Nicolás del Caño y el Frente Izquierda; con el detalle de que el candidato oficialista depositó toda la responsabilidad de un eventual ajuste en Macri, ocultando que con matices también era parte de su hoja de ruta.

Como elemento global, hay que tener en cuenta que el sistema de balotaje genera por su propia naturaleza un apoyo relativamente ficticio a los candidatos en pugna. Induce fuertemente a optar por alguna forma de “mal menor”, trampa en la que cayeron incluso muchos de los votantes del FIT, por lo cual el voto en blanco fue bajo. Sin embargo, esto a la vez implica que el “apoyo” alcanzado tanto por Scioli como por Macri fue muy condicionado, y estuvo marcado por el “rechazo a” antes que por el hecho de que el candidato haya cautivado o enamorado con su propuesta.

¿Laboratorio Argentina? Hipótesis para un nuevo fin de ciclo

Por estos días proliferan los análisis que comparan el actual “fin de ciclo” con otros momentos similares de la historia argentina. Desde el tercer gobierno peronista que culmina en el plan conocido como “Rodrigazo”, hasta el fin del gobierno de Raúl Alfonsín o la caída de la Alianza de Fernando de la Rúa.

En el terreno económico, se reiteran problemas clásicos de un país semicolonial (“restricción externa”, inflación, el reclamo empresario por la “competitividad”, etc.).

Desde el punto de vista político y de la lucha de clases, hay una variedad de elementos que constituyen la situación actual como sumamente original, teniendo en cuenta los fuertes límites que tiene toda comparación.

Si tomamos en cuenta el grado de recomposición de la fuerza social de la clase obrera, hay una gran diferencia con los ciclos anteriores posdictadura, como el alfonsinista y el aliancista (continuidad del menemismo): la clase trabajadora arribó a esos acontecimientos con derrotas en su historia reciente. La debacle todavía “fresca” del genocidio y la derrota de Malvinas, en un caso, y la división impuesta por la noche neoliberal en el otro. La izquierda reflejaba más o menos mecánicamente ese retroceso e *impasse* del movimiento obrero, que además tenía un carácter internacional.

En la actualidad, el grado de recomposición de la fuerza de la clase obrera se emparenta mucho más con el de mediados de la década del ‘70 (aunque luego del neoliberalismo existen serias divisiones y debilidades estructurales). Pero si miramos desde el punto de vista de la lucha de clases, podríamos remontarnos a mediados de los ‘60, antes del Cordobazo: múltiples experiencias de lucha, desde tomas de fábricas hasta huelgas duras por sector y algunas huelgas nacionales, potencial cambio de ubicación política del movimiento estudiantil en la escena nacional, ubicación “colaboracionista” de la burocracia sindical, aunque todavía bajos niveles de “radicalización”. Y hasta un peronismo

(al que el tiempo no le ha pasado en vano), fuera del poder con una fracción que amenaza pasar a la “resistencia”.

Como dato distintivo de estos tiempos, se presenta la emergencia y consolidación de la izquierda “dura” tanto en los sindicatos (especialmente el PTS), como desde 2013 en el escenario político nacional con el Frente de Izquierda y de los Trabajadores. El FIT cuenta un bloque de cuatro diputados nacionales, legisladores provinciales y concejales en las provincias más importantes del país.

Todos estos elementos, en el marco de la crisis económica internacional, en un contexto de fin del ciclo del alza de los precios de las *commodities* que afecta especialmente a América Latina. Estos factores, sumados al surgimiento de un nuevo gobierno de derecha, constituyen una combinación peculiar, que hace de la situación argentina un laboratorio potencial de la protesta obrera, como en 2001 se habló del “laboratorio Argentina” respecto de las luchas “populares” caracterizadas por el autonomismo. La posibilidad de un nuevo ciclo de luchas obreras que tome la forma de un auge no puede descartarse de ninguna manera, por el contrario, está en el genoma del nuevo gobierno y sus medidas económicas en ciernes. En este contexto, la lucha por desarrollar una práctica antiburocrática consecuente en los sindicatos para retomar el camino del gran ensayo general de insurgencia obrera, que tuvo su cenit en las Coordinadoras Interfabriles y las grandes acciones de masas de mediados de los ‘70, cobrará nueva actualidad.

Los “tambores de guerra” que hace repicar la nueva coalición gobernante encontrarán a esa fuerza social y a su expresión política de avanzada en la resistencia que reabrirá un escenario más agudo de lucha de clases. Se colocará nuevamente sobre el tapete una pregunta clásica y urgente, ¿quién pagará la crisis? Nuestra apuesta y nuestro desafío es que esta vez la paguen los capitalistas. ●

1. Ver en este mismo número: “La economía de la alegría” de Lucía Ortega y Esteban Mercatante.

2. En *La Izquierda Diario* (izquierdadiario.com) hay una amplia cobertura de la transición, así como diversos análisis sobre la derrota del kirchnerismo, el nuevo gobierno, la situación económica y del movimiento obrero.

3. Fernando Rosso, Eduardo Castilla y Esteban Mercatante, “No tan distintos. Balotaje y voto en blanco”, *IdZ* 25, noviembre 2015.

4. Ver este mismo número: “¿Por qué triunfó la rebelión de los CEO?” de Paula Varela y Gastón Gutiérrez.

ALTERNATIVAS FRENTE A UNA DERECHA INTELIGENTE

CLAUDIO KATZ

Economista CONICET-UBA y miembro del EDI.

Finalmente el peronismo perdió la presidencia, varias gobernaciones y el baluarte de Buenos Aires, pero Macri ganó por sólo tres puntos. Con este reducido margen de favoritismo, la coalición derechista tendrá poco sustento para implementar el ajuste. Necesitará mucha muñeca para concretar el atropello que sucederá a la devaluación.

El PRO ya definió un gabinete de gerentes para administrar el Estado como si fuera una simple empresa capitalista. Sus operadores tejen aceleradas alianzas para asegurar gobernabilidad en el parlamento y la justicia.

Macri prometió crecimiento, empleo y mejoras de salarios poco compatibles con el clásico shock neoliberal. La expansión del consumo registrada en los últimos años torna aún más difícil el apriete que ensayarán los hombres de negocios transformados en ministros.

La arremetida conservadora tampoco cuenta con cimientos políticos sólidos. El generalizado repudio que suscitó el editorial de *La Nación* reclamando la liberación de los genocidas es indicio de esos límites. En medio de una inédita protesta de periodistas, el propio Macri debió ratificar la continuidad de los juicios.

El jefe del PRO intentará compensar estas restricciones con un gran activismo internacional contra Venezuela. Como la revisión del Memorándum con Irán seguirá el curso dictado por la embajada estadounidense, todos los cañones apuntarán contra el proceso bolivariano. Esta campaña ya cuenta con el explícito aval de Massa y el silencio cómplice de Scioli. Presentarán a los escuálidos golpistas como presos políticos y cuestionarán la falta de democracia, en un país con gran secuencia de votaciones periódicas.

La inminente presidencia de Macri genera perplejidad en gran parte de la sociedad. ¿Cómo pudo un emblema de la derecha llegar a la primera magistratura?

Algunos kirchneristas observan este ascenso como una desventura pasajera. Estiman que los votos y cargos obtenidos bastarán para retomar el gobierno en pocos años. Esta especulación se basa en una ilusoria expectativa de congelamiento del mapa político.

Otros oficialistas repiten lugares comunes (“triunfó la democracia”), aluden a la mala suerte (“la moneda cayó para otro lado”) o atribuyen lo ocurrido al “desgaste de los últimos doce años”. Pero ese cansancio nunca siguió una cronología fija y fue sorteado en varias oportunidades por Néstor y Cristina. Quienes atribuyen el desenlace electoral a la prédica de los medios concentrados deberían explicar por qué falló el gran armado gubernamental de propaganda pública y privada.

La tesis kirchnerista predominante resalta la existencia de un país dividido en dos mitades. Con esa presentación se desconoce que muchos sectores populares votaron a Macri, ante la ausencia de una real polarización social e ideológica. La gran mayoría de los electores se ubicó en el medio y osciló entre dos propuestas conservadoras.

Interpretaciones más consistentes de la victoria del PRO resaltan la incidencia de la inflación. Destacan también el descontento creado por la desastrosa situación de la vivienda, la salud o la educación en la provincia de Buenos Aires.

Pero el indudable agotamiento del modelo económico no llegó al ingreso o al empleo del grueso de la ciudadanía y tampoco determinó el triunfo de Cambiemos. Con el retraso del tipo de cambio se vivió incluso una primavera artificial de compras que favorecía al oficialismo. A su vez, las mejoras en el nivel de vida de la última década tuvieron poca incidencia electoral. La población ha naturalizado esos repuntes, en un país tan sujeto a bruscos vaivenes del poder adquisitivo.

La derrota del gobierno tuvo más determinantes políticos que económicos. El fastidio con el oficialismo superó el miedo a Macri. Muchos comunicadores resaltan el hartazgo con un “estilo” de CFK que abusó de las cadenas, el personalismo, la sordera y la manipulación. Pero omiten recordar que esos defectos forman parte una cultura del justicialismo, que Cristina recreó especialmente en el plano del verticalismo y la lealtad.

El kirchnerismo representó una variante reformista al interior del mutante espectro peronista. Ese perfil de centroizquierda se reflejó en

las iniciativas más objetadas por la derecha: retenciones a los agro-sojeros, ley de medios, juicios a los militares y autonomía geopolítica internacional.

La reacción anti-K de los grupos conservadores paralizó al gobierno y abrió el camino para el ascenso de Macri. El PRO supo encauzar la belicosa secuencia inicial de cacerolazos hacia una inteligente construcción política. Mientras Cristina optó por la inacción encubierta de relatos, la derecha depuró sus filas y preparó su captura del Estado.

La renuncia kirchnerista a encarar un genuino curso progresista condujo a ese desenlace. Descartaron la nacionalización del comercio exterior, la implementación de una reforma impositiva y la revisión de los pagos de la deuda. Evitaron confrontar con los responsables de la remarcación de precios y la fuga de divisas y siempre protegieron al sistema capitalista que CFK endiosó. En el plano político consolidaron un *status quo* de clientelismo y un descarado nivel de corrupción de altos funcionarios.

El propio gobierno preparaba una sucesión conservadora con Scioli. Quienes ahora reconocen que el motonauta fue un “mal candidato” evitan analizar este sentido de su designación. El “proyecto” ya carecía de futuro y por eso no suscitó entusiasmo, frente al cúmulo de fantasías que desplegó Macri.

La izquierda tampoco pudo contrarrestar los límites del progresismo. La canalización derechista del descontento evidenció el carácter aún embrionario de la radicalización popular. El escaso eco del voto en blanco fue un indicio de ese escenario.

Pero la existencia de la izquierda como formación política visible constituye un ingrediente clave del turbulento contexto que se avecina. Ofrece un freno a la desazón y un canal para madurar la fallida experiencia del kirchnerismo. Con un perfil nítido, la izquierda facilita la construcción de alternativas, ajenas al pase de facturas que sobrevuela al justicialismo. El arribo de Macri a la Casa Rosada genera tristeza, bronca e impotencia. Comprender lo ocurrido es el mejor antídoto frente a esa sensación.